

BIBLIOTECA MEXICANA
DE LA FUNDACIÓN
MIGUEL ALEMÁN

Historia Antigua de Méjico de Francisco Javier Clavijero

Alejandro de Antuñano Maurer

Entre las obras más importantes de la historiografía mexicana del siglo XIX que posee la Biblioteca Mexicana de la Fundación Miguel Alemán, A. C., destaca la *Historia antigua de Méjico* de Francisco Javier Clavijero en dos volúmenes (Ilustración 1). Las líneas que siguen tienen el propósito de resaltar la importancia de esta significativa obra, modelo de análisis sobre la antigüedad mexicana de un defensor de la cultura mexicana.

Surgen a veces las acciones y los actos del hombre, en parte como resultado de la oposición resuelta a las manifestaciones de la vida política o cultural que les circunda. Ante ciertas formas de expresión, estima de vital necesidad oponerse a ellas, bien para rebatirlas, bien para modificarlas, evitando de esta manera la multiplicación de lo que considera sus erráticas consecuencias. Así, frente a los esquemas teóricos de su tiempo, los que se establecen alrededor de la supuesta inferioridad del Nuevo Mundo, cuya naturaleza, en opinión de sus voceros y detractores, "había degenerado enteramente en los elementos, en las plantas, en los animales, y en los hombres", Francisco Javier Clavijero, mexicano, historiador y ex jesuita, refutara desde Italia en el año de 1780, en su *Storia antica del Messico*, y las di-

sertaciones sobre la tierra, los animales y los habitantes de México, que incluyó en la misma, la muy vieja polémica de la desigualdad sostenida entre Europa y América, llevada a cabo en esta nueva ocasión principalmente por el naturalista francés Georges-Louis Leclerc de Buffon, y el antropólogo holandés o prusiano (no se sabe bien) Cornelius De Pauw, representantes, no obstante, del Siglo de las Luces o de la Ilustración.

Se habla de una vieja polémica, y es que, en efecto, se trata de la antigua querrela que sobre la capacidad intelectual de los indígenas, prácticamente se sostiene desde los días del descubrimiento de América y desde los tiempos de Bartolomé de las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda. Desde luego, la controversia en los tiempos de Clavijero será diferente, pero las variaciones al tema continuarán siendo esencialmente las mismas: la supuesta inferioridad de lo americano. Lo que ahora, sin embargo, cambiaba, era la oportunidad de objetar sólidamente también y como contrapartida, los argumentos absurdos que surgían en el seno del Siglo de las Luces, los de Buffon y De Pauw. A esto se enfrentó Clavijero como una de sus fuertes motivaciones. Pero no siempre se habían utilizado en la disputa herra-

mientas tan completas, al menos en el pasado inmediato, el de los últimos cincuenta años. El célebre español fray Benito Gerónimo Feyjoó y Montenegro, por ejemplo, había ya defendido en su oportunidad, desde la península, a los americanos. Para esto utilizó o más bien adaptó a su apología americana los argumentos de otro español a quien conoció bien por sus excelentes obras: el célebre Juan de Palafox y Mendoza, décimo octavo virrey de la Nueva España. Así Feyjoó en su *Mapa intelectual y cotejo de naciones*, siguiendo a Palafox en su obra *De la naturaleza de indio* —capítulo xv— defenderá la materia de la disputa con argumentos que hoy se antojan barrocos e ingeniosos, pero no de la solidez de los del ex jesuita Clavijero:

El concepto que desde el primer descubrimiento de la América se hizo de sus habitantes, y aun hoy dura entre la plebe, es, que aquella gente, no tanto se gobierna por razón, quanto por instinto, como si alguna Circe, peregrinando por aquellos vastos Países, hubiese transformado todos los hombres en bestias. Con todo sobran testimonios de que su capacidad en nada es inferior á la nuestra. El Ilustrísimo Señor Palafox no se contenta con la igualdad; pues en el Memorial que presentó al Rey en favor de aquellos vasallos, intitulado Retrato natural de los Indios, dice que nos exceden. Allí cuenta de un Indio que conoció su Ilustrísima, á quien llamaban Seis oficios, por que otros tantos sabía con perfección. De otro que aprendió el de Organero en cinco, ó seis días, solo con observar las operaciones del Maestro, sin que este le diese documento alguno. De otro que en quince días se hizo Organista. Allí refiere también la exquisita sutileza con que un Indio recobró el caballo, que acababa de robarle un español. Aseguraba este, reconvenido por la Justicia, que el caballo era suyo había muchos años. El Indio no tenía testigo alguno del robo. Viéndose en este estrecho, prontamente echó su capa sobre los ojos del caballo, y volviéndose al Español, le dixo que ya tanto tiempo habia era dueño del caballo, no podía menos de saber de que ojo era tuerto; así que lo dixese: el Español, sorprendido, y turbado, á Dios, y á dicha, respondió que del derecho. Entonces el Indio, quitando la capa mostró al Juez, y á todos los asistentes, que el caballo no era tuerto, ni de uno ni

de otro ojo; y convencido el Español del robo, se le restituyó el caballo al Indio.

Concebirán Buffon y De Pauw, entre una pléyade de absurdos, la condición del hombre americano como precaria, estableciendo que los salvajes americanos no pueden tener un número importante de ideas abstractas porque no tienen facilidades de ejecutar comparaciones sistemáticas y por consecuencia su lenguaje será pobre para expresar dichas ideas. Para el naturalista francés también la inferioridad del Nuevo Mundo será zoológica. Establecerá nada menos en su *Historia de los cuadrúpedos* que la notable ausencia de animales corpulentos y fuertes como el elefante parecía demostrar la perniciosidad del ambiente americano. Por su parte para De Pauw, de acuerdo con sus *Reflexiones filosóficas sobre los americanos*, la denigración americana resultará esencialmente antropológica: si bien es cierto que el hombre americano es el más reciente, no lo es menos señalar que, en comparación con los hombres de otros lugares, es el más decadente. Y esta decadencia hablaba de “degeneración” en el sentido del regreso a la impotencia vital del hombre, analizado desde la distancia y pintado con un retrato pavoroso:

Los americanos [dirá] son feos, débiles y sujetos a muchas enfermedades extravagantes, ocasionadas por la insalubridad del clima. Pero por imperfectos que sean sus cuerpos aún lo son mucho más sus almas. Son tan faltos de memoria que no se acuerdan hoy, de lo que hicieron ayer. No reflexionan ni coordinan sus ideas, ni son capaces de mejorarlas, ni de pensar, porque los humores de sus cerebros son gruesos y viscosos.

Estas caudas de tonterías se señalaron en los años de 1768 y 1771, justo cuando el Siglo de las Luces intentaba apoyarse en la razón y en la ciencia como instrumentos de precisión, capaces de explicar satisfactoriamente el curso de los acontecimientos humanos y los fenómenos de la naturaleza.

Sorprende pues que a estos detractores de la naturaleza y del hombre americano se les concediera tan amplio crédito; mismo que obligara

